

Historias maravillosas del rey Pepino y su hijo Carlomagno.

HISTORIA PRIMERA.

EL REY PEPINO.

I.

COMO ACONTECIÓ QUE PEPINO EL BREVE FUESE JUZGADO DIGNO
DEL TRONO.

DESDE el año 673 del nacimiento del niño Jesus, año en que el rey Thierry, primero de este nombre, ocupara el trono, el reino de Francia habia sido gobernado por señores denominados *mayordomos de palacio* (*maires du palais*); porque desde Thierry I los sucesores de Meroveo y del primer rey cristiano, el gran Clodoveo, habian degenerado en tal extremo que pasaban su vida en el ocio y en la pereza; en suma, de la soberanía solo conservaban el nombre. Ahora bien, no es esta la mision que ha dado Dios á los reyes sobre la tierra; si les ha concedido poder, es para que lo ejerzan en bien de los pueblos y en gloria de su santo nombre.

Entre estos mayordomos de palacio hubo uno llamado Pepino el Grueso, ó sea de Heristel, que gobernó gloriosamente el reino de Francia bajo los reyes Clodoveo III, Childeberto II, hijo de Thierry I, y Dagoberto II. Pepino de Heristel dejó un hijo mas célebre aun que él mismo, que gobernó tambien, primero como mayordomo de palacio, bajo Clotario IV, Chilpérico II, y Thierry II. Este hijo llamábase Carlos; y como era un ilustre y poderoso siervo de Dios, como hacia que triunfase su causa descargando firmes y duros golpes, lo mismo que con un martillo, sobre los infieles sarracenos que habian venido á atacar á la Francia hasta en la Turena, diósele el nombre de Martel.

Habiendo fallecido hácia el año 737, Thierry II, ya no colocó Carlos Martel reyes en el trono; tampoco se apoderó del cetro, sino que se limitó á gobernar con el título de duque de los franceses, y á preparar la senda á su hijo; porque no habia llegado aun el tiempo que habia designado el Señor para que los descendientes de Pepino de Heristel recibiesen sus *óleos*. El trono de Francia estuvo pues vacante por espacio de cinco años. El Señor, que tenia reservados sus favores al hijo de su digno

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.
El rey Pepino.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

Obligó á la pobre niña á que aceptase la hospitalidad de su casa.

siervo Cárlos Martel, concedió un lugar al padre en medio de los sepulcros de los reyes, Cárlos Martel fué sepultado en San Dionisio.

Empero los tiempos designados por el Señor se aproximaban. Pepino, segundo de este nombre entre los mayordomos de palacio, y primero y único del mismo entre los reyes de Francia, habia mostrado durante su infancia muchos hermosos rasgos de esfuerzo y de virtud. Como era de pequeña estatura, habíasele dado, por burla, el sobrenombre de *el Breve*, y todavía se le denomina *Pepino el Breve*; pero no tardó en hacer ver que era grande de corazon aun cuando era pequeño de estatura. El papa, que residia en Roma y que se llenaba de dolor al ver reyes indignos de este título á la cabeza del hermoso reino de Francia, tuvo una inspiracion divina, y á los 270 años del avènement del gran Clodoveo, convocó á los *ungidos* del Señor para que eligiesen un sucesor que fuese capaz de sostener la gloria del primer trono de la cristiandad. Bonifacio, obispo de mucha celebridad que residia en Maguncia, márgenes del Rhin, habiendo recibido mision del papa, se dirigió á Soissons, donde ungió con los benditos óleos la frente de Pepino y lo proclamó rey de Francia en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, á fin de que aquellas palabras de Dios de *no toqueis á mis unguidos*, sirviese de escudo que protegiese tanto al nuevo rey como á sus descendientes.

Y habiéndose admirado los señores de Francia de que hubiese elegido Dios á un hombre de tan pequeña estatura para que los gobernase como soberano, sonreíanse desdeñosamente unos con otros. Visto lo cual por Pepino, presentó ante los señores dos furiosos toros que luchaban, y dijoles: “Ahora, ¿quién de vosotros irá á separarlos? ¿No es verdad que, á vuestro juicio, solo el que los separe merecerá ser soberano vuestro?”

No hubo uno de entre los señores que se atreviese á arrojarse entre los toros furiosos para separarlos. Entonces Pepino, á quien se habia denominado *el Breve*, se precipitó á los animales, y asiendo á uno de ellos por el cuerno con una mano, lo hizo retroceder y le contuvo, al paso que, agobiando al segundo bajo su rodilla, le atravesaba con la espada. Quedáronse asombrados todos los señores y aplaudieron, y les dijo Pepino: “Vosotros á quienes la magestad del ingenio y del corazon no satisface, ¿juzgais ahora que sea yo digno de ser rey vuestro?”

Sí, sí, clamaron á una voz los señores; ¡es animoso y fuerte como nuestros antiguos reyes cabelludos! ¡Es digno de ser nuestro rey!

II.

COMO EL REY PEPINO SE VIÓ ENGAÑADO POR SU MAYORDOMO.

Pepino protegió, por cuantos medios tuvo á su alcance, la fé cristiana, de suerte que todos los príncipes cristianos se trasladaron á su corte y se alistaron bajo sus pendones. Habia, por aquel tiempo, muchos paganos en Alemania; espulsóles el rey con el auxilio de su hermano Carloman, y en seguida encargó al mismo Carloman del gobierno de una parte del pais. En cuanto á él, situóse con los suyos en un castillo situado en la montaña de Ratisbona, territorio de la Baviera, porque temia que se aumentasen de nuevo en Alemania los paganos si se estaba en Francia y no los vigilaba.

Aconteció, pues, que el rey de Carniola enviase á Pepino una embajada ofreciéndole la mano de su hija, porque es de saberse que el rey Pepino no habia tomado estado todavía, y todos los príncipes de la cristiandad codiciaban el honor de su alianza. Pepino, cuando hubo recibido la embajada del rey de Carniola, celebró consejo con sus barones; y despues de esto contestó á los embajadores, dándoles su retrato, que su señor y dueño haria bien de enviarle, en cambio, el de su hija, manifestando que estaba decidido á no tomar muger que no le agradase por su hermosura.

El rey de Corniola, muy satisfecho del buen resultado que habia tenido su embajada, enseñó el retrato de Pepino á su hija y mandó al instante que hiciese el de ésta el pintor mas hábil de su reino. Despues volvió á mandar sus embajadores al castillo de la montaña de Ratisbona, donde les dió una magnífica acogida el rey Pepino.

Este tenia un mayordomo á quien llamaban el *Caballero Vermejo* con motivo del color de su cabello y barba; quien gozaba de mucho crédito en la corte. Mostróle Pepino el retrato de la princesa de Carniola y le preguntó su opinion; el caballero Vermejo le dijo: "Señor, esa princesa me agrada mucho; pero es á vos á quien debe agradar, y á vos toca reflexionar bien segun vuestra elevada sabiduría." El príncipe contestó; "Pues bien, yo soy de opinion que si es tan hermosa la princesa como lo representa su retrato, debo tomarla por esposa." El Caballero Vermejo replicó: "Señor, en ese caso, encomendadme á mí el asunto y envidadme hácia el rey de Carniola; si no fuese la princesa tal cual os la representan, yo encontraré el medio de hacerla que se quede con su padre." Pepino juzgó bueno este consejo, y siguióle.

Empero si el Caballero Vermejo habia dado este consejo á su señor, era porque abrigaba intenciones pérfidas. Tenia una hija á quien el rey

no conocia y cuyo rostro, por una singular casualidad, tenia una rara semejanza con el retrato que tenia á la vista; formó pues el odioso proyecto de arrastrar á la princesa de Carniola á un lazo que para deshacerse de ella la tenderia, y presentar despues á Pepino su hija como su verdadera desposada. Esta maquinacion tramóla con su muger y con un confidente suyo que le era sumamente adicto, quienes quedaron convenidos en que al primer aviso que les diese, se dirigirian á su encuentro con su hija á cierto parage indicado; hecho esto se puso en marcha con un magnífico tren digno en todo del rey á quien iba á representar. El caballero Vermejo tenia, ademas de la hija en cuestion, tres hijos varones, quienes llevó consigo en compañía de algunos de sus propios dependientes para formarse un brillante séquito. El rey y la reina de Carniola tributaron grandes honores al mayordomo y su comitiva. Diéronse pomposos banquetes, bailóse mucho é hicieronse varios obsequios ambas partes; celebróse un brillante torneo en el cual figuraron muchos caballeros, y en fin, duró la fiesta sus ocho dias, porque aquel desventurado padre ignoraba los negros planes que abrigaba el mayordomo del rey Pepino contra su hija. Cuando llegó el momento de la marcha, el soberano de Carniola, para presentar á su hija como mas digna aun de la alta alianza que iba á contraer, quiso darla una numerosa y brillante escolta. Esta idea trastornó por un momento los planes criminales del caballero Vermejo; pero como el alma del malvado es fecunda en atentados, el mayordomo dijo arey: "Señor, he recibido de mi señor y dueño instrucciones á las cuales debo ceñirme; la comitiva que querrais que lleve la princesa podrá acompañarla hasta las fronteras de nuestro reino; pero despues de traspasados esos límites, mi señor y dueño ha dispuesto que su futura esposa no tenga mas escolta que los príncipes y señores de sus Estados que la esperan para recibirla de una manera régia.

Hágase, pues, como lo quiere el rey Pepino, contestó el monarca. Sin embargo, el padre y la hija separáronse tristes y llorosos, pero fué preciso que uno de otro se desprendiesen; el buen rey encomendó la princesa al cuidado del Dios eterno y á la fidelidad del caballero Vermejo, y despues mandó á todos los señores que debian acompañar á su hija, que se regresasen luego que se lo previniese el mayordomo.

Cuando el pérfido caballero consideró que era llegado el momento de poner en ejecucion su proyecto, despidió á los señores de la corte de Carniola, y por medio de un mensage hizo saber al rey Pepino que iba en camino con su futura esposa; en cuanto á él continuó su viage á jornadas muy cortas so pretesto de que no se cansase la princesa. Llegado que hubo al *Valle de los Molinos*, que es un verdadero desierto que se halla á la derecha de Augsburgo, camino á Francia, encontróse con su hija, á quien

acompañaban su muger y su malvado confidente. Representóse entonces una escena muy triste y cruel; despojóse de su traje y alhajas á la princesa de Carniola, y adornóse con ellas á la hija del caballero Vermejo. Sofocáronse los clamores de la infortunada princesa y abandonósele á la ferocidad de dos de los dependientes del caballero, quienes mediante un crecido premio, ofrecieron que la darian muerte. El caballero Vermejo creía tener poderosos motivos para no dudar de que así lo harían; volvióse, pues, á poner en marcha; dirigióse al castillo de la montaña de Ratisbona acompañando á su propia hija, que presentaba á cuantos encontraba en el tránsito como la del rey de Carniola.

La semejanza de la hija del mayordomo con el retrato de la princesa era efectivamente como ya lo tenemos dicho, muy grande. De suerte que Pepino recibió á la falsa descendiente de los soberanos de Carniola con extraordinarias demostraciones de júbilo. Esta, por su parte, prestóse con suma hipocresía al papel que la hacía representar su familia; y desde luego, con el pretexto de hacer ver su gratitud al mayordomo y sus tres hijos por el feliz resultado que había tenido la misión de que se les encargara, condujo al rey á que les confriese nuevos honores, y les hiciese grandes obsequios. Celebróse en breve el matrimonio con una pompa del todo digna de la hija de un rey tan poderoso y del mas ilustre monarca de la cristiandad. De suerte que el caballero Vermejo y su familia gozaron durante muchos años, con impunidad, de los frutos de su crimen. Pero Dios tenía fijos sobre ellos sus ojos, y debía llegar el día de su castigo, como llega para todo el que comete un crimen.

II.

LO QUE ACONTECIÓ A LA HIJA DEL REY DE CARNIOLA.

La Providencia, por medio de uno de aquellos estraños fenómenos que para proteger á la inocencia de vez en cuando suscita, había dado repentinamente al rostro y á todo el cuerpo de la infortunada princesa el aspecto de un sueño profundo, letárgico, semejante en todo á la muerte. Sucumbiendo á la vez á su dolor y á su espanto, había caído exánime la doncella á los piés de los viles que tenían encargo de darla muerte, antes siquiera de que les hubiese pasado por la imaginación que tenían que cometer el crimen; al principio atribuyeron á desmayo su caída, é iban á aprovecharse para herir á su víctima de esta circunstancia que les evitaba tener que sofocar sus gritos y vencer su resistencia, cuando observaron que se desprendían de su cuerpo unas como llamas pequeñas de color azul, y tuvieron miedo; uno de ellos, no obstante, acercóse y movió

con el pié las piernas y los brazos de la princesa; pero encontrólos sin movimiento. “Está muerta, dijo á su compañero; y si no, ven y cerciórate tú mismo.” Aproximóse el otro á su vez, pero comenzáronse de nuevo á exhalar llamas azuladas del cuerpo; esta vez retrocedieron llenos de espanto ambos asesinos, y procurando tranquilizar su conciencia, dijéronse uno á otro: “Hé ahí un prodigio que maravillosamente nos protege y del cual habremos de aprovecharnos; sea el resultado de esto el que fuere, supuesto que no hemos cometido el crimen sino en idea, recogeremos el premio y nunca nos alcanzará el castigo.”

Y estos dos hombres fueron á pedir el premio de la sangre que, gracias á Dios, no habían vertido, y abandonaron el cuerpo de la princesa á las fieras y cuervos del desierto del gran Valle de los Molinos; en aquel tiempo la blanquísima y bien formada ciudad de Munich aun no existía, pues no se vieron algunos indicios de ella, aunque imperfectos, sino mas de trescientos años despues.

Sin embargo la princesa no estaba sino aletargada, y cuando los asesinos estuvieron lejos, bien lejos, y la vida de la doncella quedaba, tocante á ellos, segura, el cielo, que tuvo el cuidado de apartar de ella á todos los animales del desierto, la volvió en sí al cabo de una noche y dos días. Aconteció que, en virtud de otro portentoso designio de la Providencia, la infortunada perdiera la memoria, no solo del suceso que en aquella condición la había puesto, sino aun de lo que había sido, de su familia y de su nacimiento; despertó pues, por decirlo así, como un niño que en aquel instante naciese, mirándolo todo en derredor de sí con gran sorpresa, y conservando no obstante, en la mente una vaga idea de que le había acaecido algun suceso. La pobre hija del rey de Carniola, impelida por aquel instinto de conservación que es natural á todos los seres, levantóse en fin, y volviendo sus ojos al cielo, pidióle con fervor alimento con que sustentarse y algun techo bajo el cual guarecerse. Habría caminado sobre una legua y se sentía ya muy cansada, cuando por fin llegó á pasar un molinero por las alturas que circundan el valle. Este viendo aquella jóven vagando sola por el desierto, figuróse desde luego que era alguna pobre demente; pero esta idea escitó mas su compasión y encaminóse inmediatamente hácia ella. No atemorizó á la princesa la aparición de este ser humano; bien lejos de ello, su presencia fué un nuevo rayo de luz que penetró en su ánimo; desde aquel momento acordóse de que había visto figuras humanas, y aun recobró la voz para contestar á las preguntas que le dirigió el buen molinero sobre las causas singulares que la habían conducido á aquel páramo. Sin embargo, nada pudo sacar en claro, por sus respuestas, el molinero, y solo supo que la pobre doncella había estado entregada á un largo, larguísimo sueño, pues